

VII Domingo de Pascua – Fiesta de la Ascensión del Señor (21-05-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy celebramos la Fiesta de la Ascensión del Señor. Por eso, tenemos al pueblo que está muy contento con sus bandas y con sus fiestas ¿Por qué? Porque el Señor Resucitado se va a encontrarse con el Padre, ¿para qué? Primero, para decirnos a dónde vamos a ir todos: vamos a los brazos del Padre que nos ama.

El Señor nos ha creado por amor y para que nos amemos, y no hay nada mejor que encontrarnos con Aquel que nos ha creado para amar. Pero, a la vez, se va dejándole una misión a sus discípulos. Y, por eso, en este texto brevísimo que hemos leído en el Evangelio (Mateo 28,16-20), los discípulos se postran ante Él, y Él les dice: *“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar lo que les he mandado”*.

Esto es muy importante porque, entonces, el Señor no se va para desentenderse de nuestros problemas, sino para estar presente con nosotros de otra manera: a través del Espíritu de Jesús, que es el Espíritu del Padre y del Hijo. Ese Espíritu es un poder, pero no es el poder de un dictador, es un poder, una fuerza de suscitación (exousia).

Por eso, es la fuerza del Resucitado, porque resucita la vida de las personas y les hace ir en un camino de alegría a servir a los demás.

Por eso es que dice que, cuando van los discípulos hacia todos los pueblos a hacerlos discípulos (también como a ellos), los bautiza. El Papa ha dicho esta mañana que “zambullen a toda la gente en el amor de Dios para todos ser servidores los unos de los otros”. Este poder, entonces, no es un poder para dominar sobre el mundo en forma arbitraria, sino que es un dominio distinto, es un dominio de autoridad a través del Espíritu, que va haciendo que la humanidad sea cada vez más hija y hermana, y aprendamos todos a ser hermanos. Esa es la misión que nos dejó a toda la Iglesia, esa es la misión que van a tener todos los confirmados después de que sean confirmados: la misión de anunciar el Evangelio y testimoniarlo con su vida, aprendiendo a ser hermanos y enseñando también la hermandad. Y como eso es muy difícil, porque vivimos muchos egoísmos, muchos enconos, muchos aislamientos; el don de Dios del Espíritu nos hace aprender a amar y, para eso, tenemos que seguir el camino de Jesús.

Por eso, este encuentro y esta misión se dan en Galilea, porque allí comenzó la historia de Jesús con sus discípulos. Es como volver al punto de partida para otra vez volver a comenzar la historia, pero esta vez renovados por el Espíritu de Jesús. Y esa es una invitación a todos nosotros a que siempre volvamos y tengamos en consideración a aquel primer amor que tuvimos, en donde nosotros nos hicimos cristianos, desde que la mamita nos decía: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, y nos enseñaba a orar. Como también, desde que hemos crecido y encontramos algo interesante en nuestra fe como según

vamos madurando, porque son los primeros tiempos en que uno va entregando su vida como creyente.

Hay algo bien importante acá. En esta misión, dice el Señor que algunos de los discípulos *todavía dudaban*. Qué importante es lo que dice aquí el texto, porque no se trata de que para poder anunciar el Evangelio y seguir la misión de Jesús, tengamos que ser expertos totales que ya comprendemos todo y no tenemos ninguna duda. El Señor nos ha tocado, eso es lo que importa, y que vivamos en relación con Él permanentemente para alimentarnos de su amor; poco a poco, vamos acabando con las dudas y esclareciendo cosas. A veces quedan otras dudas, pero la cosa más importante es que aquí, el Señor les da la misión a este grupo de discípulos que tienen todavía problemas y son imperfectos.

Y esto es muy importante porque, entonces, nuestra Iglesia no se compone de gente perfecta, de gente pura, de gente que no tiene dudas, que no tiene problemas. Nos hemos habituado a esa idea porque, es verdad, que una de las tareas de la Iglesia es, en ciertos momentos, esclarecer en algo las cosas; pero algunas veces no se puede esclarecer tan rápido, como los problemas terribles que estamos viviendo en el mundo de hoy día. Y se necesita paciencia para comprender y esclarecer, y la Iglesia tiene que ayudar a ir esclareciendo juntos. Y, a veces, no se tiene claro todo lo que hay que hacer y, por eso, nos surgen a todos dudas.

No importa si tienen dudas, lo importante es que, en lo fundamental, sigan al Señor y se alimenten de Él, porque eso permite que cada uno y todos en conjunto, nos hermanemos en el amor al Señor, porque es Él quien aclara y Él que va llevando las cosas y las guía. Y, para eso, Él dice, esta nueva forma de presencia: *“Yo estaré con*

ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos". Yo estaré con ustedes, significa yo soy el Emmanuel, el Dios con nosotros. Y, por lo tanto, el Dios que gobierna el mundo desde la suscitación de la hermandad, porque se hermana con nosotros y es nuestro compañero de viaje.

Por eso, ayudémonos mutuamente en este camino, sobre todo, en tantos problemas que estamos viviendo en nuestra sociedad, en nuestro mundo, y no nos apresuremos a decir que nosotros tenemos la verdad completa y, entonces, ya todos los demás son unos perdidos y nosotros somos los verdaderos.

Esos problemas surgen en la Iglesia cuando surgen los nuevos jóvenes que tienen unas dudas y problemas. Sin embargo, a veces pensamos que ellos tienen que adaptarse porque, si no lo sacamos de la Iglesia. Nadie tiene derecho a botar de la Iglesia a nadie, todos somos bien acogidos porque somos hijos de Dios y todos tenemos que aprender juntos a corregirnos: los que son más viejos con los que son más jóvenes; los que son de una clase social y los de otra, todos tienen que hermanarse, comprendernos y apoyarnos; los que son de un pensamiento, los que son de otro; los que son de un pueblo, de una cultura y de otra.

Todos estamos llamados a ser hermanos en el Señor y, por eso, vamos a pedirle a Dios que nos haga más iguales porque todos somos hijos de Dios, bautizados en el Hijo que suscita en nosotros su amor.

Vamos, entonces, ahora, todos juntos a alegrarnos porque vamos hacia el Padre, y el Padre recibe al Hijo, ve sus heridas y dice: "Hay que ayudar a este mundo herido y hay que darle su fuerza y su amor para siempre".

Nos ponemos de pie y rezamos juntos el Credo de nuestra fe.